

James, William, *La voluntad de creer y otros ensayos de filosofía popular*. Introducción, traducción y notas de Ramon Vilà Vernis, Marbot Ediciones, Barcelona, 2009, 380 págs.

La conmemoración del centenario de la muerte de William James (1842-1910) ha traído consigo una renovación del interés por el pensamiento y las obras de este fascinante profesor de Harvard, considerado habitualmente como uno de los fundadores de la psicología contemporánea y, sin duda, el mayor difusor del pragmatismo en la primera década del siglo XX. *The Will to Believe and Other Essays in Popular Philosophy*, que vio originalmente la luz en 1897, fue el primer libro de filosofía de James. Reunió en ese volumen diez ensayos que había pronunciado como conferencias ante muy diversos auditorios entre 1879 y 1896. La calificación en el título de “filosofía popular” puede resultar un tanto engañosa. No se refiere a que los textos no sean técnicos, pues nunca los textos de James fueron técnicos, sino más bien a que no abordan los temas típicos de los filósofos profesionales de su tiempo, sino — como explicaba Edward H. Madden en su presentación de esta obra en el volumen VI de *The Works of William James* (Harvard University Press: Cambridge, MA, 1979, p. xiii)— “que se ocupan de asuntos próximos al corazón de cualquier hombre en lugar de aquellos reservados al filósofo profesional [*closet philosopher*]”. El volumen está dedicado “A mi viejo amigo Charles Sanders Peirce, cuya camaradería filosófica en otros tiempos y cuyos escritos en años recientes han sido de más estímulo y ayuda para mí de lo que puedo expresar o retribuir” (p. 31).

Como explica el propio James en el “Prefacio”, “me ha parecido que estas conferencias podrían merecer ahora que las reuniera en un libro, pues tomadas en conjunto se iluminan unas a otras y expresan una actitud filosófica tolerablemente definida” (p. 33). Esta actitud filosófica es la que James denomina el *empirismo radical*: “Digo 'empirismo' porque trata sus conclusiones más sólidas sobre cuestiones de hecho como meras hipótesis susceptibles de modificación en el curso de la experiencia futura; y digo 'radical' porque trata la propia doctrina del monismo como una hipótesis, y a diferencia de buena parte del empirismo a medias que circula hoy bajo el nombre de positivismo o agnosticismo o naturalismo científico, no afirma dogmáticamente el monismo como algo a lo que debe plegarse toda experiencia” (p. 33).

La hermosa edición que ha preparado Ramon Vilà Vernis se suma a la celebración del centenario de William James poniendo al alcance del público de habla hispana una traducción fiel y cuidadosa de esta obra capital. Ya en 1909, el médico de la Armada española Santos Rubiano (1871-1930) preparó una primera traducción (Heinrich, Barcelona), que vería una segunda edición en 1922 (Daniel Jorro, Madrid), pero aquella versión resulta —al menos para los criterios actuales— muy defectuosa tanto por el lenguaje ampuloso que emplea como por las libertades que se toma el traductor. Desde entonces, no había vuelto a publicarse en España el libro de James completo. Sí que había visto la luz la primera de las conferencias que da título a la obra “La voluntad de creer” en traducción de Lorena Villamil García — junto con “La ética de la creencia” de William K. Clifford, con una excelente introducción y notas de Luis M. Valdés Villanueva— (Tecnos, Madrid, 2003) y otra de Carmen Izco (Encuentro, Madrid, 2004).

Esta nueva traducción viene acompañada de una “Introducción” (pp. 11-28), una sección final de “Notas” (pp. 365-371) y un índice analítico siguiendo el que preparó James para la edición original (pp. 373-380). Además de las 58 anotaciones incluidas en la sección

final, el traductor Vilá Vernis documenta en muy numerosas ocasiones su traducción del texto de James mediante breves notas a pie de página.

Describir el contenido de las diez conferencias reunidas en el libro de James excede con mucho las pretensiones de esta breve recensión, pero sí que me parece oportuno destacar la actualidad de las palabras de William James —115 años después de ser escritas— al dar cuenta del alcance de su libro en su "Prefacio" de 1896: "Los primeros cuatro artículos ["La voluntad de creer", pp. 41-70; "¿Merece la vida ser vivida?", pp. 71-103; "El sentimiento de racionalidad", pp. 105-151 y "Acción refleja y teísmo", pp. 153-185] se ocupan principalmente de defender la legitimidad de la fe religiosa. Tal vez algunos lectores dados a la racionalización lo consideren un triste abuso de mi posición profesional. La humanidad, dirán, es ya lo bastante propensa a lanzarse sin razonar tras los pasos de la fe como para que haga falta nadie que predique ni dé ánimos en esa dirección. (...) Las audiencias académicas, que ya conocen el alimento de la ciencia, tienen necesidades muy distintas [a las de las audiencias populares]. Sus formas específicas de debilidad mental son la parálisis de su capacidad nativa para la fe y una temerosa abulia en el terreno religioso, nacidas de la idea, cuidadosamente inculcada en ellos, de que hay algo llamado evidencia científica que les permitirá evitar cualquier peligro de naufragio en asuntos relacionados con la verdad, con sólo que sepan esperar a dicha evidencia. Pero no existe realmente ningún método científico o de otra clase que permita a los hombres navegar con seguridad entre los peligros contrapuestos de creer demasiado o creer demasiado poco. Enfrentarse a estos peligros parece ser el deber de cada uno de nosotros, y encontrar la vía correcta entre ambos da la medida de nuestra sabiduría como hombres" (pp. 35-36).

Al lector contemporáneo esta apertura amable de William James no puede dejar de interpelarle. Para James, "el científico no tiene nada que temer de la fermentación más viva posible del mundo religioso de su época"; al contrario, "debería dar la bienvenida a cualquier clase de agitación y debate religioso, en la medida en que esté dispuesto a admitir que alguna hipótesis religiosa *podría* ser cierta. (...) La fermentación religiosa es siempre un síntoma del vigor intelectual de una sociedad; nuestras creencias sólo son dañinas cuando olvidan que son hipótesis y desarrollan pretensiones racionalistas y autoritarias" (p. 38). Además de esta introducción a las cuatro primeras conferencias, William James en su "Prefacio" de diciembre de 1896 se sintió en la obligación de justificar la superficialidad de su ensayo noveno "Sobre algunos hegelianismos" —que "fue escrito inicialmente como una pequeña sátira" (p. 38)—, y también el haber abordado en la décima conferencia la cuestión de la investigación *psíquica* —hoy diríamos "parapsicológica"— bajo el título de "Los logros de la investigación psíquica". Como es sabido, William James dedicó una extraordinaria atención durante décadas a la investigación en este campo. Estaba convencido de su importancia y deseaba suscitar el apoyo de sus lectores para la rama americana de la *Society for Psychological Research* que había presidido él mismo durante los años 1894-95.

Un acierto indudable de esta edición española es la ilustración de la cubierta en la que figura un hombre relativamente joven saltando una zanja escarpada desde una montaña. El autor de la ilustración Raimon Julibert ha dibujado al saltador con los brazos en alto y con los ojos cerrados, tal como parece expresarse en la idea popular de la fe como la creencia en lo que no se ve. Sin embargo, me parece que sería más fiel al ejemplo de James dibujar al que salta con los ojos bien abiertos, pues está empeñado en lograr lo que cree. Merece quizá la pena reproducir aquí ese pasaje que James emplea tanto en "¿Merece la vida ser vivida?" (pp. 99-100) como en "El sentimiento de racionalidad" (p. 138). De hecho en el "Prefacio" pide disculpas por esa repetición: "Mi excusa es que uno no siempre puede expresar la misma idea

de dos modos que resulten igualmente persuasivos, por lo que se ve obligado a copiar sus propias palabras" (p. 39). Aquí transcribiré la segunda vez que aparece ese ejemplo, pues es más breve. Me parece que expresa bien el núcleo de *La voluntad de creer y otros ensayos de filosofía popular*: "Supongamos, por ejemplo, que estoy haciendo escalada en los Alpes y que para mi desgracia he ido a parar a una posición de la que sólo puedo salir dando un tremendo salto. A falta de experiencias parecidas, no tengo ninguna prueba de mi capacidad de realizar el salto; pero la esperanza y la confianza en mí mismo me convencen de que no fallaré, y dan fuerza a mis pies para ejecutar un acto que a falta de tales emociones subjetivas habría sido tal vez imposible. Pero supongamos, por el contrario, que predominan las emociones de miedo e inseguridad; o supongamos que acabo de leer la «Ética de la creencia» [de W. K. Clifford, 1876] y siento que sería un pecado actuar en base a un supuesto no verificado por la experiencia previa. Pues bien, en tal caso podría suceder que dudara tanto tiempo que al final, agotado y tembloroso, cayera en un momento de desesperación, perdiera pie y rodara al abismo. En este caso (y hay muchísimos del mismo tipo) la sabiduría consiste claramente en creer aquello que uno desea; pues la creencia es una de las condiciones preliminares indispensables para la realización de su objeto. *Hay casos en los cuales la fe crea su propia verificación*. Cree y tal vez tendrás razón, porque lograrás salvarte; duda y tal vez tendrás razón también, porque perecerás en el intento. La única diferencia es que creer resulta enormemente ventajoso" (p. 138).

Es difícil hoy en día traducir bien a William James precisamente porque no usa apenas un lenguaje técnico, su estilo está lleno de vivacidad y de ricas metáforas y su mundo es el de cien años atrás. Vilà Vernis ha realizado un trabajo de traductor muy digno, poniendo al alcance del lector hispánico un texto realmente importante: su traducción hace fácil la lectura y la comprensión del lector. Sin embargo, la "Introducción" (pp. 11-39) con la que se abre el volumen no tiene realmente un carácter introductorio, sino que más bien aspira a mostrar a vista de pájaro la actualidad del debate de William James y el positivismo de su tiempo, sobre todo, con William K. Clifford (1845-1879), en el marco de la filosofía contemporánea y el resurgimiento del pragmatismo, pero no entra en un estudio detenido del libro traducido. Esto hace —me parece a mí— que sea preferible leer la "Introducción" después de leer a William James y no al revés como cabría inicialmente esperar. Bienvenida sea esta nueva traducción de William James en el año del centenario de su muerte.

Jaime Nubiola
Universidad de Navarra
jnubiola@unav.es